

## COMENTARIOS A LA PONENCIA DE DAVID THELEN

### *Comments*

Christophe PROCHASSON

*École des Hautes Études en Sciences Sociales, 54 Boulevard Raspail,  
75006 Paris, Francia.*

Juan PRO RUIZ

*Departamento de Historia Contemporánea, Facultad de Filosofía y Letras,  
Universidad Autónoma de Madrid, Campus de Cantoblanco, 28049 Madrid*

BIBLID [(1999) 17; 173-182]

Existen varias maneras de manejar la noción de fin de siglo, como existen varias maneras de relacionar diferentes espacios nacionales. Las dos contribuciones<sup>1</sup> que nos han sido propuestas en esta sesión del coloquio, han elegido una aproximación propia y, en mi opinión, incluso opuesta. No se distinguen sólo por el método y el espíritu, sino también por la escala de observación adoptada. Lo que equivale a decir que los dos autores no tratan de la misma forma —eso es lo menos que se puede decir— ni el tiempo ni el espacio.

El coloquio ha situado en el centro de su atención dos nociones, las de tiempo y espacio, que resultan muy familiares a los historiadores. Constituyen, podríamos decir, su base de trabajo y sus categorías fundantes. Lo que no impide que se pueda a menudo lamentar su empleo poco reflexivo. Un filósofo francés del fin de siglo, hoy un tanto olvidado y denigrado, y que además mostraba escasa simpatía hacia los historiadores, señalaba no sin fundamento que si a éstos se les supone que han aprendido historia, cabe por el contrario considerar que nadie les ha en-

1. La correspondiente al profesor Alfonso ORTÍ, titulada “Las crisis de fin de siglo como crisis ideológicas”, no se publica en este volumen por no haberse cerrado su revisión en los plazos fijados (N. del E.).

señado lo que es un año e incluso lo que es un calendario. Esa es la primera virtud de nuestro coloquio: nos obliga a reflexionar sobre el valor heurístico de la noción de *fin-de-siècle* o sobre su pertinencia histórica y, más allá, sobre los difíciles problemas de periodización que están vinculados a ese concepto.

La historia es para mí una ciencia de lo discontinuo que no puede admitir ni el mínimo presupuesto respecto a la identidad de los períodos comparados. El trabajo de Alfonso Ortí tenía por tanto que sorprenderme. Y me ha sorprendido. Reconozco sin embargo su interés, al menos en la medida en que lo considero inscrito en una línea que no cesa de atraer la atención de algunos historiadores: convertir a la historia en una disciplina experimental (la “nueva historia económica” también avanzó en otros tiempos por esa vía) que permita plantear cuestiones en apariencia incongruentes, sin respetar las reglas habituales del oficio, y proceder a comparaciones (en el espacio o en el tiempo) de modo que se asegure una renovación de la batería de preguntas disponibles.

Tenemos así ante nosotros un primer empleo de la noción *fin-de-siècle* ¿Por qué comparar hombres, modos de vida, estructuras sociales y económicas e instituciones que se hallan tan alejadas en términos antropológicos unas de otras? Me habría gustado saberlo. Porque más allá de algunas similitudes (y habría que desarrollarlas más) —la Gran Depresión de 1873, lo que decide el autor llamar la “crisis de la razón” en los años 90, las redefiniciones nacionales del socialismo... —, ¿cuántas son las diferencias que la gran escala empleada por Alfonso Ortí no permite identificar! Por mi parte, no estoy seguro de que existan los parecidos que él supone entre las crisis de 1873 y 1973, entre las supuestas “crisis” de las izquierdas, ni siquiera entre las dudas y vacilaciones del espíritu científico en los dos fines de siglo que analiza. Las “crisis” y las ideologías de “decadencia” o de “declive” han dominado otras épocas además de los fines de siglo. Pensemos por ejemplo en la Europa de los años 30.

Estas comparaciones formales y experimentales me parecen, por tanto, insuficientes y se reducen en algunos momentos a elegantes juegos de espejos que, eso sí, en ocasiones nos animan a formular hipótesis más audaces (pero puede que más en el terreno de las diferencias que en el de los parecidos).

No voy a entrar en la discusión del detalle de los análisis de Alfonso Ortí que, como él mismo manifiesta, se apoyan más en posiciones ideológicas que en resultados científicos. Quiero, sin embargo, precisar, para disipar todo tipo de malentendidos, que comparto algunas de esas posiciones ideológicas. Interpreto el texto de Alfonso Ortí como una especie de síntoma que me permite compararle —y sigo aquí su escuela— con un filósofo marxista del pasado fin de siglo: Georges Sorel. Encuentro, en efecto, que tanto en uno como en otro autor se puede hallar una reflexión similar, desencantada, pesimista, alimentada por el espectáculo de las crisis coincidentes del liberalismo y el socialismo. Pero la bondad del paralelismo se resiente de la diversidad de las experiencias: Sorel se situaba al comienzo de una historia —la del modelo soviético— mientras que Ortí ha asistido a su fracaso y a las consecuencias que éste está teniendo sobre el conjunto del movimiento obrero. Las

dos desesperanzas no tienen los mismos horizontes. El método comparativo encuentra en ese punto su frontera.

Este primer modo de aproximación del *fin-de-siècle*, que podríamos denominar “experimental”, puede dar lugar a otras aventuras intelectuales. ¿Por qué no acometer ensayos que incluyan el fin de la Edad Media —ese era el tema del bello libro de Huizinga— o las crisis revolucionarias del final del siglo XVIII? En una encuesta de esas características, todo parece posible si se encuentran las preguntas adecuadas. Es la adecuación al problema lo que debe guiar la comparación o la periodización. En un texto importante de 1903, en el que se arremetía con intensidad contra los historiadores (los críticos de los historiadores nos enseñan mucho, cuando su crítica es de buena fe), el sociólogo François Simiand reprochaba a éstos que emplearan las fechas de los reinados para estudios de historia económica y social, “como si se analizara el estómago de un individuo entre el momento en que se rompe una pierna y el momento en que se rompe un brazo”. Con ese método lúcido, convendría pues construir diferentes fines de siglo, acortar algunos en relación con el calendario oficial, alargar otros. Tiendo a pensar que, por ejemplo, la Primera Guerra Mundial, en algunas de sus dimensiones y desarrollos, debe ser vinculada a los procesos en curso a finales del XIX, más que a los que marcaron el siglo XX.

David Thelen, por su parte, ha abordado de modo muy distinto la cuestión del fin de siglo. Por su empirismo ha satisfecho en mayor medida al humilde historiador que soy. Su escala de observación es más reducida y ha sido aplicada a unos contextos concretos, empezando por el de los historiadores americanos del fin del siglo XIX. Debo decir, por cierto, que los casos que escoge son especialmente hábiles, casi vertiginosos, puesto que se interroga sobre el modo en el que unos gestores casi profesionales del tiempo, pues de tal manera cabe considerar a los pastores baptistas, por una parte, y los historiadores, por otra, construyen su representación de una secuencia particular del tiempo, y posiblemente la más provocativa o más problemática para ellos: el fin de siglo.

Los primeros abordan su tiempo con las representaciones tradicionales de la decadencia. Si se busca construir rigurosamente la noción de fin de siglo, en el campo de la historia de las ideas, se podría quizá admitir como uno de los rasgos pertinentes el debate “progreso-decadencia”, “tradición y modernidad”, “antiguos y modernos”. Es, cuando menos, una de las sugerencias que se pueden leer en el texto de David Thelen.

Los historiadores americanos del final del siglo XIX se escaparon por su parte de este debate. Los factores explicativos que defiende Thelen son discutibles. Según su visión, la profesionalización de los historiadores en los EE.UU. a finales del siglo XIX, que estuvo acompañada de la generalización de las prácticas y de la ética científicas, tuvo como consecuencia separar a los historiadores del resto de la sociedad y de impedirles todo tipo de compromiso cívico, en especial en 1898. Ese desinterés por la cosa pública en sentido lato, no me parece que esté vinculado a las prácticas científicas ni tan siquiera a su ética. En Europa, y en el mismo perío-

do, hay muchos ejemplos de compromiso por parte de los historiadores que, asimismo, estaban profesionalizándose. Así ocurrió en Francia, un caso que me es obviamente más familiar. La profesionalización de la historia (creación de la *Revue historique* en 1876 o de la *Revue de Synthèse Historique* en 1900) no sólo no impidió, sino que más bien fomentó, la participación de los historiadores en el *Affaire Dreyfus* y por regla general en el bando de los favorables a la revisión del proceso de 1894.

Tengo que hacerle otra observación a David Thelen, a propósito del proceso de profesionalización que describe. Su análisis da a entender, o al menos eso entiendo yo, equivocadamente quizá, que ese fenómeno fue autónomo respecto al movimiento intelectual europeo (en especial el de Francia y Alemania) y que no tuvo relación alguna con las otras ciencias sociales, por entonces en vía de formalización. Parece como si los historiadores científicos americanos no reaccionaran más que contra la historia literaria y romántica a la que tanta ojeriza habían cogido.

Eso me conduce naturalmente a algunas consideraciones finales sobre el segundo eje de nuestro coloquio: la historia transnacional. Marcel Van der Linden estableció tres niveles en la práctica de la comparación internacional. Querría subrayar que el comparativismo en general es una vía básica en todas las ciencias sociales. Sin comparaciones no son posibles afirmaciones que tengan riqueza de contenido. Añadiría, por mi parte, otra distinción que no invalida la propuesta por Marcel Van der Linden.

Hay de entrada una *historia comparada estricta* que establece las diferencias y semejanzas y trata de explicarlas (es el tipo de historia que rechaza Van der Linden). Está además la *historia transnacional*, tal y como la entiendo, que busca adaptar los problemas específicos a espacios específicos, construidos por los historiadores (en esa vía reconozco una cierta herencia, aunque modificada, de Fernand Braudel). Existe por último una *historia de las transferencias* de los modelos nacionales, que se aplica por término general a la historia política y a la historia cultural.

Ninguna de estas fórmulas han sido ensayadas por los textos objeto de comentario. Además también en este plano constituyen estos textos opciones polares. Alfonso Ortí se dedica a elaborar una historia casi planetaria, en la que prácticamente desaparecen los referentes nacionales. Por el contrario, David Thelen ancla su estudio en el espacio americano en un momento en el que los intercambios intelectuales internacionales alcanzaron una intensidad inédita, no obstante la fuerza de los nacionalismos. Alma nacional y ética internacional pueden, por tanto, coexistir sin problemas.

Dos ejemplos ilustran el vigor de esos intercambios. La multiplicación formidable del número de congresos científicos en la segunda mitad del siglo XIX, que alcanzaron su techo con motivo de la Exposición Internacional de 1900, constituye un signo manifiesto. Lo mismo se puede decir de las numerosas tentativas finiseculares de poner término a la dispersión lingüística —un claro obstáculo a la

comunicación— mediante la creación de lenguas artificiales, que acabaron siendo casi tan numerosas como las naturales.

Pese a los comentarios críticos efectuados, resulta por último conveniente constatar el interés de los dos textos comentados, desde el punto de vista de nuestra reflexión común. Estos dos textos, cada uno a su manera, abren la puerta a la elaboración de una historia de los efectos del tiempo sobre los hombres, al plantear el problema de un hipotético “efecto fin de siglo”. Hacen así una aportación a una historia de la representación del tiempo. Y esa historia está prácticamente por hacer.

Christophe PROCHASSON

Traducción: Juan PAN-MONTOJO

\* \* \*

En las pocas ocasiones en que los historiadores se preocupan por reflexionar sobre su oficio, se suele dar por sentado —como punto de partida— que existe algo así como un campo profesional propio con fronteras definidas desde tiempos remotos, que separan a la historia de la geografía, la literatura, la sociología y las demás áreas afines. Los relatos sobre la trayectoria histórica de la disciplina histórica presentan una sucesión de debates *internos* entre escuelas o corrientes historiográficas que discrepan entre sí en cuanto a los métodos, las fuentes o los objetos por los que la historia debe interesarse; pero ni por un momento se plantea la posibilidad de que el campo mismo de la historia —quién es historiador y quién no lo es— pudiera ser objeto de dudas y de pugnas.

Y, sin embargo, la realidad muestra que la historia no ha dejado nunca de ser un campo en construcción, una disciplina abierta en la que se han cruzado constantemente las trayectorias más o menos profesionales de los historiadores académicos con otras prácticas historiográficas —igualmente legítimas—, que respondían a planteamientos bien distintos de los que nos cuenta la historia “oficial” de la historia. Una conmemoración del fin de siglo constituye un ámbito especialmente adecuado para reflexionar sobre ello, ya que la ocasión invita a adoptar una actitud de *balance*: mirada retrospectiva, recapitulación de aciertos y de errores, resumen de itinerarios propios y ajenos, comparación de situaciones iniciales y finales, propósitos de enmienda... A la sombra milenarista del noventa y ocho parece tener cabida —por una vez— la cuestión de los fundamentos.

El artículo de David Thelen sobre *La experiencia vivida...* se enmarca de lleno en esa actitud encomiable de no dar por definitivas las fronteras de la historia, aprovechando el frívolo pretexto del fin de siglo para llamar la atención sobre la posibilidad de ensancharlas. El relato sobre la trayectoria de la Asociación Histórica Americana nos aporta una magnífica muestra de cómo ha tenido lugar la construcción del campo de la historia como disciplina académica, como rama recono-

cida del saber y como profesión autorregulada, en un país y en un periodo concretos (los Estados Unidos en las décadas finales del siglo XIX e iniciales del XX). Al desplegar ante nuestros ojos un proceso como este, se nos hace más evidente que nunca que la compartimentación de los saberes por especialidades no tiene nada de *natural* ni de inevitable, sino que, por el contrario, es una *construcción social*; como tal, resulta de la lucha entre grupos y entre personas concretas, que definen los límites de cada disciplina, establecen los estándares de calidad y las jerarquías internas de sus respectivas profesiones. Una cuestión de poder, de intereses y de voluntades.

Por analogía con el tiempo presente, la conmemoración de aquel proceso de definición de la historia académica, nos sugiere un mensaje esperanzador: si en aquel momento —el conmemorado *fin-de-siècle*— se institucionalizó *un* modelo de historia, aquí y ahora —en el nuevo fin de siglo en que vivimos— podemos definir *otro* modelo, otra historia. Nada hay de inmutable ni de eterno en la entidad de la historia académica que nos legaron las generaciones anteriores, por lo que resulta legítimo y factible que la volvamos a definir según los focos de interés que nos parezcan pertinentes, el tipo de métodos y de fuentes que queremos emplear, el tipo de discursos que queremos construir, el marco espacial en el que queremos encuadrar nuestros relatos... Cada generación vive su propia historia y tiene derecho a reescribir por completo toda la historia anterior, de tal manera que el discurso resultante sea pertinente para ella.

Por otro lado, el tipo de historia que se escriba no será indiferente para los contemporáneos. En la medida en que la práctica de la historia es la principal vía de aprehensión del pasado que tiene una sociedad, la opción de los historiadores por uno u otro tipo de discurso moldeará la memoria colectiva y tendrá importantes consecuencias culturales y políticas. El ejemplo que presenta Thelen es elocuente: la “historia científica” que llegó a predominar en el mundo académico norteamericano en la época del cambio de siglo (uno de cuyos exponentes más notables sería J.F. Jameson) tendía a despreciar las prácticas de la “historia local”, más del gusto popular; y en esa actitud iba implícito un desprecio del hombre corriente, a quien los historiadores académicos de la época tendían a considerar incapaz de identificar sus propios intereses o de distinguir lo relevante de lo accesorio. Al historiador omnisciente que asoma detrás de cada estudio histórico académico le asoman, a su vez, las orejas de un individuo elitista, por más que pretenda cubrirlas con el sombrero de la Ciencia.

La forma en que abordemos el estudio del pasado es inseparable de la actitud que adoptemos respecto a la construcción del presente y del futuro. Thelen lo sabe y lo denuncia. Desde el final del siglo XIX, que él estudia, la historiografía del siglo XX se ha conformado con arreglo a un patrón dominante de carácter nacionalista y autoritario: si existe más de una razón para sentir vergüenza por la trayectoria histórica del siglo XX (o, al menos, por algunos de sus episodios más señalados), también hay razones para no estar satisfechos con las actitudes políticas y sociales implícitas en buena parte de la historiografía producida durante los últimos cien

años. Con contadas excepciones, los historiadores han puesto su trabajo al servicio del refuerzo de las identidades nacionales, cargando así con la ignominia de haber colaborado con una ideología esencialmente reaccionaria, excluyente y destructiva, como ha sido el nacionalismo. Y lo han hecho, además, desde posiciones autoritarias, imponiendo desde la elite académica una historia “oficial” y expropiando las prácticas historiográficas alternativas más populares. Cada uno encontrará sus excepciones a esta regla —dignas de admiración en su solitaria excepcionalidad—, pero la regla misma parece clara: nueve conformistas por cada crítico (quizá).

¿Qué hacer, pues? Arrostrando el peligro de salir del discurso crítico y de la alternativa meramente implícita, Thelen propone de hecho un modo más plural de hacer la historia, entrando de lleno en el terreno de lo normativo. Si el nuevo fin de siglo ha de proporcionar la ocasión para una reorientación de la disciplina histórica, querría que fuera en el sentido de hacer una historia más atenta a las experiencias concretas de los individuos y menos obsesionada por enmarcar éstas en la *Gran Historia* de ámbito nacional. La relevancia de cada experiencia personal depende sólo de sí misma, de su específico punto de vista, y no deriva de su carácter ejemplificador de trayectorias coherentes con el designio trascendental de la *Nación* (el actor privilegiado en la mayor parte de los relatos historiográficos académicos y, sin embargo, según fundadas sospechas, probablemente una abstracción interesada sin existencia real).

Un enfoque de la historia que no implique imponer nada desde arriba parece, ciertamente, el más genuinamente democrático, en la medida en que se limite a preguntar a los individuos por sus vivencias e intereses<sup>2</sup>. Con ello, Thelen se sitúa cerca de una gran corriente historiográfica europea, que tiene en común la atención a las experiencias particulares y el manejo flexible de las escalas de observación<sup>3</sup>. Pero hay que ser conscientes, también, de los problemas y de los peligros que encierra su particular formulación del *nuevo curso* de la historia. Aun a riesgo de correr la suerte que siempre le espera al mensajero que trae malas noticias, expondré tres objeciones a ese *nuevo curso*.

La *primera* se refiere a la invitación a regresar a la historia local como depositaria de las esencias de la historia auténtica. La experiencia española reciente muestra con cuánta facilidad la historia local se desliza hacia relatos irrelevantes y triviales, que no dicen nada a nadie salvo en el terreno de la nostalgia<sup>4</sup>. Huyendo

2. Más problemática me parece la elección del pragmatismo de William JAMES como referente teórico.

3. El mejor ejemplo sería el de la *microhistoria* italiana, magistralmente definida por Jacques REVEL en “L’histoire au ras du sol”, prefacio a la edición francesa del libro de Giovanni LEVI: *Le pouvoir au village. Histoire d’un exorciste dans le Piémont du XVIIe siècle*, París, Gallimard, 1989. Una batería de propuestas historiográficas similares aparece recogida en la obra colectiva de Bernard LEPETIT (dir.): *Les formes de l’expérience. Une autre histoire sociale*, París, Albin Michel, 1995.

4. Me he explayado más sobre este tema en otro sitio: Juan Pro Ruiz: “Sobre el ámbito territorial de los estudios de historia”, en Carlos Barros (ed.): *Historia a debate. III: Otros enfoques*, Santiago

de ser los perros guardianes del Estado o de la Nación, los historiadores podrían convertir la historia en un museo de curiosidades para nostálgicos, lo que no parece tampoco el destino apetecido por la mayoría de nosotros. Habrá que recordar, más bien, que no existe una única escala de observación legítima; que no existe una única escala de observación (ni la local, ni la nacional, ni la transnacional) que por sí sola sea capaz de revelarnos todos los elementos significativos del pasado. Cada tipo de fenómeno histórico se aprecia mejor con una escala que le es propia, o con una combinación de escalas que ayudan a percibir los distintos aspectos del fenómeno.

Así, por ejemplo, gran parte de los fenómenos relevantes que tradicionalmente ha estudiado la historia política encuentran su marco idóneo en el Estado, y resultaría deformante excluir este nivel de la observación de fenómenos como las luchas partidistas, la acción de los gobiernos y el funcionamiento de las instituciones estatales. También hay, sin duda, fenómenos cuyo ámbito de observación pertinente puede ser supranacional o *transnacional*: por ejemplo, la propia crisis de fin de siglo parece haber sido un fenómeno con rasgos comunes en una amplia zona del mundo occidental<sup>5</sup>.

En *segundo* lugar, parece que se puede convenir con Thelen cuando rechaza la imposición de una jerarquía inamovible entre las fuentes de la historia y entre los objetos de estudio de los historiadores (un rechazo que va implícito en su reivindicación de la importancia de *todas* las experiencias vitales). Pero, si no existe un criterio para seleccionar los testimonios del pasado, para jerarquizar las ideas y para diferenciar lo importante de lo accesorio (si *todos* los testimonios de experiencias personales están dotados de una relevancia idéntica), entonces el historiador quedará anegado bajo una muchedumbre de voces entre la cual le será imposible escuchar o recomponer un discurso esclarecedor sobre el pasado.

Por último, hay que asumir la crítica que se hace a la historiografía académica del siglo XX por haberse distanciado conscientemente de los intereses generales y haber acotado un terreno profesional cuyos discursos sólo interesan a los que están dentro (es decir, el conocido fenómeno de los buenos libros de historia que sólo son capaces de interesar a los propios colegas historiadores profesionales). Pero —y esta sería la *tercera* objeción—, al buscar una alternativa en la aceptación de los gustos e intereses populares, quizá lo que se esté proponiendo sea una mera mercantilización de la historia: estaremos condenados a seleccionar los temas de investigación y a estructurar los libros en función de una demanda que acabará im-

---

de Compostela, Editorial Historia a Debate, 1995, pp. 59-66. Y una aguda respuesta, que revela la vivacidad y la autoconciencia de la historia local, en Ricard GARCÍA CÁRCCEL y Bernat HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ: "Visió de l'última història moderna a Terrassa", *Terme*, 10 (1995), pp. 14-20.

5. Como hemos tratado de poner de relieve en las diversas aportaciones al libro colectivo de Juan PAN-MONTOJO (COORD.): *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, y especialmente en las págs. 13-28 de su "Introducción".

poniendo un tipo de historia anecdótica, trivial, movida por la mera curiosidad del pasado.

Este es un peligro real que hay que tener presente, aunque no sería justo atribuirle a Thelen este planteamiento; su propuesta no es la de dejarse llevar por los gustos populares *actuales*, sino la de utilizar como guía el gusto popular *de época*: el criterio es el del narrador vivo de entonces, que nos cuenta su experiencia en primera persona; y si él nos dice que algo era importante para él, es que lo era, sea cual sea la importancia que hoy le daríamos a sus valores y preocupaciones. Hay en ese planteamiento un cierto retorno al positivismo, que ya creíamos superado por la historiografía; hace mucho tiempo que sabemos que las fuentes no son transparentes, que no es cierto que hablen por sí solas, que los hechos y los datos históricos no existen con independencia de su construcción como objetos por parte del historiador; hasta las percepciones aparentemente más ingenuas y neutrales conllevan un sesgo en forma del lenguaje utilizado, las fuentes y los temas seleccionados, el modo de interpretarlas y de presentarlas encadenadas en un discurso. Cuanto más conscientes seamos de los juicios de valor implícitos en nuestro tratamiento de las fuentes, estaremos en mejores condiciones para establecer controles rigurosos y para mantener avisado al lector sobre el carácter nada neutral de los discursos que se le proponen.

La razón de una época puede no ser superior a la de otra (todo depende del grado en que se comparta la idea del progreso de la humanidad); pero, en todo caso, nada nos asegura que la razón de tiempos pasados sea una guía más segura para orientarnos en el estudio de la historia que la razón del presente que asiste a los historiadores. Cada generación escribe su propia historia y reinterpreta el pasado en función de sus preocupaciones del presente. De ahí —de los problemas y las preocupaciones del mundo actual— pueden salir criterios para seleccionar las fuentes. Debe existir un criterio del historiador, mejor que el criterio del narrador (porque en parte lo incorpora, lo somete a crítica y lo utiliza) para seleccionar las voces que escucha, los problemas que trata y la interpretación que les da, pasándolos a través de un entramado conceptual propio. *El sueño de la razón produce monstruos*. Monstruoso es no ver lo que nos dicen las fuentes, cegados por las anteojeras de un racionalismo presentista que nos impida percibir los hechos reales en su contexto de época; pero igualmente monstruoso sería dejar dormir a nuestra razón como si el pasado se nos pudiera revelar por sí solo sin más que escuchar con atención —y con emoción— las voces del pasado.

Cuando esta “larga marcha” de la historia hacia el pueblo se inicia desde la preocupación por hacer un tipo de historia compatible con una concepción democrática del mundo, hay que advertir a los protagonistas que quizá estén partiendo de una visión excesivamente romántica e indiferenciada del “pueblo”. Una historia que se base en las preocupaciones cotidianas del hombre corriente no contribuye necesariamente a denunciar la desigualdad y la explotación, a poner en evidencia los mecanismos del poder ni, por tanto, a romper los obstáculos que nos impiden vivir en auténtica democracia. Así, por ejemplo, la posibilidad de hacer

una historia transnacional, ha de apoyarse sin duda ninguna sobre una decisión consciente del historiador, que busque deliberadamente las fuentes y construya sus objetos de estudio de tal modo que contribuyan a generar un mundo menos dividido en tribus. Partiendo de una preocupación del presente y empleando su propia razón de finales del siglo XX, el historiador puede desvelar facetas poco conocidas del pasado, facetas que habían quedado ocultas bajo el peso de muchas generaciones de historiadores comprometidos en el reforzamiento de las identidades nacionales. Es dudoso que una supuesta actitud “abierta” a escuchar todas las voces del pasado hubiera llamado la atención precisamente sobre los componentes transnacionales de ese pasado, dado el peso enorme que el lenguaje y la cultura de la nación han tenido a lo largo de los siglos XIX y XX. El criterio del historiador y no el del narrador será el que nos permita darle a la historia ese *nuevo curso* que anhelamos, más crítico hacia el orden en el que vivimos y más constructor de espacios de libertad.

Juan PRO RUIZ